

realmente vergonzoso ver, cuando mi cabeza no me deja un instante de reposo, como un muchacho educado como tú y cuya educación cuesta tanto dinero, anima á su hermana á que se asombre, sabiendo que tu padre se lo ha prohibido terminantemente.

Luisa negó que Tom hubiese tomado parte alguna en ello; pero su madre la interrumpió del siguiente modo:

— Luisa, ¡ cómo puedes decírmelo en mi actual estado de salud! Pues, de no haberte inducido á ello, es imposible, física y moralmente, que te hayas permitido hacerlo!

— Nada me ha inducido á ello, mamá, si no es el fuego con sus chispas rojas, que veía caer de la reja, blanquear y apagarse. Entonces he pensado cuán corta, después de todo, sería mi vida y que moriré antes de hacer gran cosa.

— ¡ Fruslerías! — dijo la señora Gradgrind, volviéndose casi enérgica. — ¡ Fruslerías! No te empeñes en soltarme tonterías como esas, Luisa, pues sabes bien que, si esto llega á oídos de tu padre, no concluiremos nunca. ¡ Después de tantas penas como nos has costado! ¡ Desde que yo misma, cuando mi costado derecho se embotó del todo, te oí contestar al profesor una multitud de cosas sobre la combustión, la calcinación y la calorificación, hasta me atreveré

á decir sobre todas las clases de *acción* capaces de volver loca á una pobre enferma! Y, después de eso, ¡ vienes ahora á hablarme así de chispas y ceniza! Quisiera — dijo la Sra Gradgrind, lloriqueando, tomando una silla y lanzando su argumento de más peso — antes que sucumbir bajo esas sombras engañosas de hechos, sí, quisiera no haber tenido hijos. ¡ Entonces hubiérais podido pasar sin mí!

CAPÍTULO IX

LOS PROGRESOS DE SISSY

Gracias al señor Mac Choakumchild y á la Sra Gradgrind, Sissy pasó algunos malos ratos y, durante los primeros meses de su ensayo, no dejó de sentir vivos deseos de alejarse de allí. Durante el día caía sobre ella tal granizada de hechos y se le presentaba la vida como cuaderno tan lleno de correcciones, que se hubiera escapado irremisiblemente, de no haberla contenido una idea.

Triste es confesarlo; pero el freno moral que la contuvo no fué resultado de ninguna fórmula aritmética. Al contrario, Sissy se lo imponía voluntariamente, á despecho de todo cál-

culo, aunque estuviera en contradicción directa con toda la tabla de probabilidades que un diestro tenedor de libros hubiera podido formar con tales datos. Creía la muchacha que su padre no la había abandonado; y esperaba verle volver, persuadida de que estaría muy contento, al saber que había estado en casa del Sr. Gradgrind.

La ignorancia deplorable con que Jupe se aferraba á esta idea consoladora, rechazando la realidad, muy diferente y basada sobre guarismos sólidos, de que su padre era un vago sin entrañas, despertaba en el Sr. Gradgrind una piedad entreverada de sorpresa. ¿Qué hacer, sin embargo? Mac Choakumchild declaraba que tenía un cerebro muy espeso, en el que era difícil hacer entrar los números; que desde que tuvo una noción general de la forma del globo, demostró el menor interés posible por conocer sus exactas dimensiones; que se hacía cargo de las fechas con una lentitud bochornosa, á menos que, por casualidad, se relacionaran con algún miserable acontecimiento histórico; que se echaba á llorar no bien se le pedía inmediatamente, por el procedimiento mental, lo que costarían doscientos gorros de muselina á un franco cuarenta y cinco céntimos cada uno; que ocupaba en la escuela el último sitio que

era posible ocupar; que después de estudiar durante ocho días los elementos de economía política, tuvo que ser corregida por una chiquilla, alta de tres pies, por haber hecho á la pregunta: « ¿Cuál es el principio fundamental de esta ciencia? » la absurda contestación: « Hacer á las demás lo que quisiera hiciesen para mí. »

El señor Gradgrind, moviendo la cabeza, dijo que todo esto era muy triste; lo que demostraba la necesidad de machacarle sin tregua la inteligencia en el molino de la ciencia, merced á los sistemas, anexos, informes, procesos-verbales y tablas explicativas, desde A á Z, y que era preciso que Jupe trabajase de firme. De manera que Jupe, á fuerza de trabajar de firme, se volvió muy triste y no, por ello, más sabia.

— ¡Como desearía estar en su lugar, señorita Luisa! — dijo un día que ésta trató de hacerle más inteligibles los hechos que á la mañana siguiente tenía que desembrollar.

— ¿De veras?

— ¡Oh! ¡lo quisiera de todo corazón, señorita Luisa! ¡Sabría tantas cosas! Todo lo que ahora me dá tanta pena, entonces me sería fácil.

— Tal vez no ganarías mucho en ello.

Sissy respondió humildemente, después de haber vacilado un poco:

— Tampoco perdería nada.

La Sra. Luisa replicó que no respondía de ello.

Las relaciones que existían entre las dos chicas eran tan limitadas, (ya sea porque la existencia de los habitantes de Pedro-Loge se desarrollaba de un modo casi mecánico, demasiado monótono para no desalentar cualquiera intervención humana, ya sea por la cláusula que prohibía toda alusión á la carrera anterior de Sissy) que apenas se conocían. Sissy, fijando sus grandes ojos negros, con expresión de asombro, en el semblante de Luisa, quedó llena de indecisión, sin saber si debía responder algo ó permanecer en silencio.

— Eres más útil á mi mamá y de más buen humor que yo — prosiguió Luisa. — Estás de más buen humor que yo.

— Pero, si V. permite, señorita Luisa — interpuso Sissy — soy... ¡ oh! soy muy torpe.

Luisa, echándose á reir con más franqueza que de costumbre, le dijo que no tardaría en volverse sabia.

— Usted no sabe, — dijo Sissy, llorando á medias — lo torpe que soy. Durante la clase no hago más que faltas. El señor y la señora Mac Choakumchild me interrogan constantemente; y siempre, siempre me equivoco. No

puedo impedirlo. Parece que esto me viene naturalmente.

— Pero ¿ es que el señor y la señora Choakumchild no se equivocan nunca?

— ¡ Oh! no — replicó ella vivamente. — Todo lo saben.

— Cuéntame algunas de tus faltas.

— No me atrevo, pues me dan vergüenza — dijo Sissy con repugnancia. — Hoy mismo, por ejemplo, el Sr. Mac Choakumchild nos daba explicaciones sobre la prosperidad natural...

— Nacional; creo que habrá dicho nacional — repuso Luisa.

— Sí; tiene V. razón... Pero ¿ no es lo mismo? — preguntó ella, con timidez.

— Ya que ha dicho nacional, harás bien en repetirlo — replicó Luisa con la sequedad y reserva de costumbre.

— Prosperidad nacional. Por ejemplo, nos ha dicho : esta sala representa una nación. Y en esta nación hay cincuenta millones de plata. ¿ No goza esta nación de prosperidad? Niña número veinte, ¿ no es esta una nación próspera y no debe V. felicitarle de ello?

— Y ¿ qué has contestado? — preguntó Luisa.

— Señorita Luisa, he contestado que no sabía. He creído que no podía saber si la nación prosperaba ó no, ó si debía ó no felicitarle por

ello, antes de saber quien tenía el dinero y si me correspondía alguna parte de él. Pero esto no tenía nada que ver con la pregunta. Esto no estaba en los números — dijo Sissy, enjugándose los ojos.

— Has padecido un gran error — observó Luisa.

— Sí; ahora lo sé, señorita Luisa. Entonces el señor Mac-Choakumchild ha dicho que iba á darme medio de conocerlo. « Esta sala, ha dicho, representa una gran ciudad y contiene un millón de habitantes. Entre éstos hay veinticinco que mueren todos los años de hambre en las calles. ¿ Qué debe V. observar sobre tal proporción? » Mi observación (pues no he podido encontrar otra mejor) ha sido la de que ello tenía que ser duro igualmente, para los que morían de hambre, que existiese un millón de habitantes como un millón de millones. Y seguía equivocándome.

— Es evidente.

— Entonces el señor Mac-Choakumchild ha dicho que iba á darme otra probabilidad; he aquí la gimnástica... ha dicho.

— La estadística — dijo Luisa.

— Sí, señorita Luisa (esto me recuerda siempre la gimnasia, y he ahí uno de mis errores). La estadística de los accidentes ocurridos

en el mar. Y encuentro, dijo el señor Mac-Choakumchild, que cien mil personas, durante un tiempo determinado, se han embarcado para largos viajes, y se han ahogado ó han perecido quemados unos quinientas ¿ Qué tanto por ciento es éste? Y he contestado, señorita — y Sissy se echó á llorar, como demostrando el arrepentimiento que sentía por sus faltas — y he contestado que esto no hacía nada....

— ¿ Nada, Sissy?

— Sí, señorita. Nada á los parientes y amigos de los que habían muerto. No aprenderé nunca — dijo Sissy — y lo peor es que, si bien mi padre deseaba que aprendiera algo, y yo tengo ganas de ello porque él lo quería, temo que las lecciones acabarán por disgustarme.

Luisa continuó mirando la cabeza linda y modesta que se inclinaba avergonzada, hasta que Sissy la levantó para interrogar el semblante de su interlocutora. Entonces ésta le preguntó :

— Al desear que aprendieras tanto ¿ tu padre debía ser muy instruido?

Sissy vaciló antes de responder, demostrando tan claramente que la aventuraban en un camino prohibido, que Luisa añadió :

— Nadie nos oye y, por lo demás, nada hay que decir respecto á una pregunta tan inocente.

— No, señorita — respondió Sissy, después

de recibir este estímulo y moviendo la cabeza.
— Papá no sabe casi nada. Con dificultad puede escribir y apenas si hay quien pueda leer su escritura, excepto yo, que la leo de corrido.

— Y, ¿tu madre?

— Papá me dijo que sabía mucho. Murió cuando yo nací. Era... — Sissy mostróse algo nerviosa, al hacer esta terrible confidencia — era una bailarina.

— ¿La quería, tu papá?

Luisa hacía estas preguntas con interés vivo, aturdido, desordenado, lo que le era peculiar; interés que, al sentirse proscrito, se extraviaba de derecha á izquierda, para ir á esconderse en algún sitio solitario.

— ¡Oh! sí, con la misma ternura que me quiere á mí. Papá empezó á quererme, por el amor que sentía hacia mi madre. Me llevaba siempre con él, cuando apenas podía andar. Además nunca estuvimos separados.

— Y, sin embargo, ahora te ha abandonado, Sissy.

— Solo por mi bien. Nadie comprende á mi papá; nadie le conoce tan bien como yo. Al dejarme por mi bien (pues nunca lo hubiera hecho por el suyo) estoy segura de que se le ha lacerado el corazón. No tendrá un solo minuto de felicidad, hasta que vuelva.

— Dime otra cosa de él, y no te hablaré más de ello — dijo Luisa. — ¿Dónde vivíais?

— Viajábamos por todo el país, y no teníamos domicilio fijo. Mi papá es payaso.

Sissy pronunció en voz baja el espantoso vocablo.

— ¿Para hacer reír á la gente? — dijo Luisa con un movimiento de cabeza, indicando que comprendía la palabra.

— Sí. Pero á veces la gente no quería reír, y mi padre se echaba á llorar. Desde algún tiempo á esta parte la gente casi no reía, y mi papá regresaba desesperado. Mi papá no se parece á los demás hombres. Los que no le concian ni le querían como yo, pensaban que su cabeza no estaba del todo bien. A veces le jugaban trastadas; pero no sabían el mal que le hacían, y se desesperaba cuando estaba solo conmigo.

— Y ¿tu eras su consuelo, en medio de estos sinsabores?

Sissy respondió inclinando la cabeza, en señal afirmativa, mientras las lágrimas inundaban su rostro. Después añadió:

— Así lo creo, pues él me lo repetía siempre. Por haberse vuelto tan tímido y tembloroso, y porque sabía que era hombre débil é ignorante (estas eran sus palabras) tenía mucho

empeño en que yo aprendiera, para no seguir su suerte. Á menudo leía yo ante él, para infundirle ánimo, y él se deleitaba escuchándome. Eran libros malos, y no debo hablar aquí de ellos, pero no teníamos otros.

— ¿Le gustaban á él? — preguntó Luisa, cuya mirada escrutadora estaba fija en Sissy.

— ¡Oh, mucho! Con frecuencia le hacían olvidar sus penas. Y muy á menudo, por la noche, no pensaba siquiera en sus desventuras y se preguntaba sólo si el sultán permitía á la dama que concluyera su historia, ó si le hacía cortar la cabeza, antes de que la terminara.

— Y ¿tu papá fué siempre bueno para tí, hasta que se marchó? — preguntó Luisa, infringiendo el gran principio, pues iba sorprendiéndose y extrañándose más y más.

— ¡Siempre! ¡Siempre! — replicó Luisa, juntando las manos. — Mucho más, mucho más de lo que yo pudiese decir. Sólo una noche se enfadó, y no fué conmigo, sino con Pata-alerta. Pata-alerta (mentó en voz baja el hecho terrible) era un perro sabio.

— ¿Porque se enfadó con el perro? — preguntó Luisa.

— Poco después de regresar del circo, papá mandó á Pata-alerta que subiera al respaldo de dos sillas y que se estirara en ellas, dos pies

en la una y dos en la otra: era una de sus habilidades. Miró á mi padre y no obedeció al punto. Aquel día todo le habia ido al revés á mi papá y no habia contentado al público. Entonces se dió á exclamar que el perro también se percataba de que él se hacia viejo y no queria compadecerle. Entonces le pegó y yo me espanté. Papá, le dije, no hagas daño á esta bestia, te lo ruego: ya sabes que la quiero mucho. ¡Oh papá, detente, y que Dios te perdone! Se contuvo y el perro sangraba. Mi papá se sentó en el suelo, con el perro en brazos, y se echó á llorar, mientras Pata-alerta le lamia el rostro.

Luisa vió que sollozaba; se dirigió hacia ella, la besó, tomándole la mano y sentándose á su lado.

— Cuéntame, para concluir, de qué modo te ha abandonado tu papá, Sissy. Ya que te he preguntado tanto, puedo también hacerte esta última pregunta. Todas las faltas, si las hay, serán para mí y no para tí.

— Querida señorita Luisa — dijo Sissy, cubriéndose los ojos y sollozando aún — Aquella tarde volví de la escuela á mi casa, y encontré á mi pobre papá que precisamente también acababa de regresar del circo. Balanceábase en su silla, delante del fuego, como si

no se encontrara bien. Le pregunté « ¿Te has hecho daño? » (esto le ocurría á menudo, como á los demás), y respondió: « Un poco, querida. » Y, cuando me acerqué á él, inclinándome y mirando su rostro, ví que lloraba. Cuanto más le hablaba, más escondía el semblante. Todos sus miembros temblaron, y no dijo más que: « ¡Querida mía! ¡ Amor mío! »

En aquel instante Tom llegó allí, paseando, y contempló á las dos chicas con sangre fría, lo que denotaba sólo interés para si propio, de lo que en aquel momento no abusaba mucho.

— Iba á hacer algunas preguntas á Sissy, y no precisa que te vayas; pero déjanos hablar un minuto ó dos, mi querido Tom.

— ¡ Oh! muy bien — replicó Tom. — El viejo Bounderby está y queria yo pedirte que bajaras al salón, porque si bajas, apuesto veinte contra uno á que me invita á comer y, si no bajas, no hay que apostar nada.

— Bajaré al instante.

— Te aguardo — dijo Tom — para estar seguro de que no te olvidarás.

Sissy prosiguió, bajando un poco la voz:

— En fin, mi pobre padre me dijo que no estaban contentos de él, y que no lo estarían más; que era una vergüenza y una deshonra que yo le perteneciera, y que estaría mejor

sin él. Le dije todas las cosas tiernas que sentía mi corazón, y poquito á poco se calmó. Entonces me senté á su lado, contándole lo que habia ocurrido en la escuela, todo lo que se habia dicho, todo lo que se habia hecho. Cuando no tuve más que referir, le eché mis brazos al cuello y le besé repetidas veces. Después me rogó que fuera á buscar algo de esa droga que él utilizaba, para curar la pequeña herida que se habia hecho, encargándome que me dirigiera al otro extremo de la población. Y, después de besarme otra vez, me dejó salir. Al llegar abajo de la escalera, volví á subir para estar con él un pocomás. Entreabí la puerta y le dije: « Papá ¿quieres que me lleve Pata-alerta? » Papá movió la cabeza, diciendo: « No, Sissy, no. No tomes nada de lo que me ha pertenecido y que se sepa, querida »; y le dejé sentado junto al fuego. A buen seguro que entonces fué cuando le vino la idea, á mi pobre padre, de ir á probar algo en bien mío; pues cuando volví, ya se habia marchado.

— Oye, Lu, no olvidemos al viejo Bounderby — dijo Tom, con acento de reproche.

— Nada más tengo que contarle, señorita Luisa, sino que guardo la botella y que estoy segura de que volverá. Cada carta que veo

en manos del Sr. Gradgrind me corta la respiración y me deslumbra, pues me figuro que viene de mi papá ó que el Sr. Sleary nos da noticias suyas. Pues el Sr. Sleary quedó en escribir, no bien supiera de él, y no hay cuidado de que falte á su promesa.

— ¡Vamos, Lu, no olvides al viejo Bounderby! — dijo Tom, silbando con impaciencia. — ¡Si te entretienes, se marchará!

A partir de aquel día, siempre que Sissy saludaba al Sr. Gradgrind delante de sus hijos y decía con voz algo temblorosa: « Pido mil perdones al señor de que le moleste de ese modo... pero ¿no ha recibido V. alguna carta que me interese? », Luisa interrumpía su trabajo momentáneo, cualesquiera que fuese, y aguardaba la respuesta con la misma ansiedad que Sissy. Y cuando, invariablemente, el Sr. Gradgrind contestaba: « No, Jupe, no he recibido ninguna carta de ese género », el temblor que agitaba los labios de Sissy se repetía en el semblante de Luisa, cuya mirada de compasión acompañaba á Sissy hasta la puerta. El señor Gradgrind aprovechaba la ocasión para alocucionarles, observando, no bien se marchara Jupe, que si hubiera venido á tiempo y se la hubiera educado convenientemente, se habría hecho cargo, con arreglo á principios irrefuta-

bles, de lo absurdo y loco que había en las esperanzas fantásticas que abrigaba ahora. Bien sabía el desgraciado que una esperanza fantástica se apodera del espíritu con tanta fuerza y tenacidad como un hecho real.

Pero, en caso de que no lo supiera, su hija se había percatado bien de ello. En cuanto á Tom, como otros antes que él, llegaba al resultado triunfal de aquel cálculo que consiste en no ocuparse más que del *número uno*, es decir, de sí mismo. Respecto á la Sra. Gradgrind, si alguna vez hablaba de ello, era sólo para decir, deshaciéndose un poco de las mantas y chales en que estaba agachada, como una marmota humana:

— Bondad divina, ¡como se alborota mi pobre cabeza, oyendo pedir á la muchacha Jupe, con tanta insistencia, sus fastidiosas cartas! A la verdad parece que estoy consagrada, destinada y condenada á vivir en medio de cosas que nunca concluyen. Esto es, ciertamente, muy extraordinario, y parece como si jamás deba yo ver el fin de nada.

Al llegar á esta parte de su discurso, sintió la mirada fija del Sr. Gradgrind; y, bajo la influencia de este hecho glacial, volvió al punto á su modorra.